

SEGUNDA PARTE

DEL JARDIN ENGAÑOSO.

Y A dexa el primer Romance
casada a Doña Constanza,
Don Joseph de Alvára muerto,
y a Don Fadrique en Italia;
y por proseguir la Historia,
comienzo en estas palabras.
Luego que supo Fadrique,
que se ignoraba su infamia,
ha tratado de bolver
a su muy querida Patria,
y en un Barco Genovés,
que partia para España,
se embarcó, y en Gibraltár
desembarcó, y su jornada
enderezó a Portugal,
en donde fué con estrañas
muestras de amor recibido
de todos sus camaradas,
y a sus deudos, y parientes
por su hermano preguntaba,
fingiéndolo con sentimientos,
sentia mucho su falta.
Al instante supo como
era Constanza casada;
no obstante, quiso seguir
sin freno su depravada
pretension, por vér si acaso
puede llegar a gozarla.
O fiero horrible apertor!
O pasión desordenada!
que así privas a los hombres
las tres potencias del alma,
sin que puedan del discurso
tomar su buena enseñanza.
Así Fadrique segnia,
sin mas rienda a su dafiada

intencion, solicitando
con villetes, y con cartas
traer a su voluntad
a la que no se acordaba
haverle tenido amor
en ningún tiempo, y amaba
a su marido en extremo;
y aunque tanto no le amara,
bastaba el haber nacido
noble, por no ser livianas;
y así, quando algun papel
de Don Fadrique la daban,
con rabiosa pesadumbre
a las llamas le arrojaba
sin leerle, por no vér
letras, que se encaminaban
a su total deshonor.
Viendo que no aprovechaban
todas estas diligencias,
dexó Fadrique las carras,
y con musica, y paseos
la calle escandalizaba.
Viendo esta buena señora
la desatencion sobrada
de este noble Cavallero,
y a su hermana, que prendada
estaba de su afición,
de tal suerte, que en la cama
la tenia una profunda
melancolia postrada,
de suerte, que a peligrar
llegó su vida, y Constanza,
como tanto la queria,
quiso vér si con palabras
persuadiria a Fadrique,
que con ella se casara.

y empujándole á llamar,
vino luego sin tardanza:
recibióle con agrado,
y con corteses palabras
le suplica tome asiento;
y el mancebo con bizarra
gallardía corresponde,
y de esta suerte la habla:
A la vista de tus ojos,
de qualquier suerte descansa
mi corazón, dueño mío:
dilo que quieres, que aguarda
el alma salga el asunto
de ese tu pecho. Y Constanza
así comenzó á decir:
Señor Don Fadrique Alvára,
pretender el menoscabo
del honor de qualquier Dama,
en un villano es delitos;
pues en quien tiene heredada
sangre clara, que le ilustra,
y nobleza, que le ensalza,
qué satisfacción dar puede,
que tal culpa satisfaga?
Sabes que soy bien nacida?
Ignoras que soy casada?
Dudas que mi esposo es noble?
Si esto sabes, cómo ultrajas
con tantas desatenciones
todo el honor de mi casa?
Qué pretendes alcanzar?
Muy loca es tu confianza,
pues tengo esposo á mi gusto,
soy noble, y á questo basta.
Mas porque entiendas que yo
te estimo, con mano franca
te daré esposa, que á mi
en la nobleza me iguale,
en la hermosura me excede,
como es. Teódoxia mi hermana,
noble, honesta, y virtuosa,

hermosa, prudente, y sabia,
la qual á tu gallardía
tiene rendida su alma:
en quanto mi hermana quiere,
qué me respondes? que hablas?
Respondióle desatento,
con osadía sobrada:
Como yo logre tus brazos,
hermosísima Constanza,
te doy palabra de hacer
todo quanto á ti te plazca:
Viendo tal desatención,
ciega de colera, y rabia,
le dixo: Quando tu hagas
de la noche á la mañana,
enfrente de este balcón,
en esta espaciosa plaza,
un Jardín de quantas flores
por todo el mundo se hallan,
con pajarillos, que alegren
con sus dulces consonancias,
entonces conseguirás
tu intento, y aquea vana
pretensión de tu locura.
Y diciendo esto, se aparta
de su vista; y él quedando
corrido, con ira y saña,
dixo: Si con eso logro
todo el fin de mi esperanza,
te doy palabra de hacerlo,
aunque aventure mi alma.
Saltóse despavorido,
qual vivora mal pisada:
yá privados los sentidos,
al demonio busca, y llama.
No se tardó en acudir;
porque aun no puso las plantas
en la calle, quando oyó
un hombre que le llamaba.
Acercóse á él, y le dixo:
Qué me quieres, camarada,

que

que tan arisoso me buscas?
Yo soy quien poco me llamabas,
yo soy el demonio, pide:
Y como tan ciego estaba,
le dixo: Muy obligado
quedaré, cómo me hagas
enfrente de este balcón,
en esta espaciosa plaza,
un Jardín de quantas flores
por todo el mundo se hallan,
con pajarillos, que alegren
con sus dulces consonancias:
si lo haces te daré
una cédula firmada
de mi mano, en que serás
dueño de toda mi alma.
Respondió: soy contento:
venga, amigo, aquea carta.
Sacó luego Don Fadrique
de un estuche una navaja,
rompiendo sus propias venas,
escribió en letras de grana:
El alma doy al demonio,
por el amor de Constanza,
Díosela: y dixo al partirse:
Si yá mi esclavo te llamas,
de qué te sirve el Rosario,
que llevas á la garganta?
arrojale; y él le dixo:
No, que hasta ver tu palabra
cumplida, no soy tu esclavo:
lógre yo mis esperanzas,
y desde luego soy tuyo:
haz de mí lo que gustaras.
Tú lograrás tu intención,
respondió, vere, y descansa.
Desapareció el demonio,
Fadrique se fue á su casa,
olvidado de la ofensa,
que contra la Immensa, y Santa
Justicia havia cometido;

y antes que rayase el alba,
se fué al señalado sitio,
y absorto quedó, al ver tanta
novedad de flores bellas:
juzgó que allí se obscentaba
la casa hermosa de Venus,
ó Trono mayor de Palas,
tal variedad de colores,
tanta yerva, tanta planta,
tanto alegre pajarillo
que con sus etéreas alas
lisonjaban el viento,
y á los ojos admiraban.
A cuyo tiempo Don Carlos,
el marido de Constanza,
saliendo á abrir el balcón,
al ver maravilla tanta,
para ver la novedad,
á su esposa amada llama:
la qual viendolo, suspensa,
atonita, y asustada
quedó, porque á la memoria
la vino aquella palabra,
que havia dado á Fadrique;
y en razones mal formadas
á la Virgen del Rosario
en su ayuda busca, y llama.
Del susto que concibió,
al momento desmayada
quedó en brazos de su esposo,
y él, que todo lo ignoraba,
dió voces á su familia:
suben criados, y criadas,
y entre ellos Don Fadrique,
á ver novedad tan rara.
Apenas bolvió del susto
la bellissima Constanza,
hechos sus ojos dos fuentes,
prorrumpió en estas palabras:
Carlos, esposo, y señor,
oye mis voces, y en nada

no

Edt

no interrumpas mis razones,
pues yo soy de toda causa.
Sabrás como Don Fadrique
desde bien niño me amaba:
por mí dió muerte á su hermano;
y quando volvió de Italia,
solicitó mis amores;
y yo viendo que mi hermana
estaba de su afición
tan sumamente prendada,
le embié un día á llamar,
por vér si con mis palabras
lo podia persuadir,
que casase con mi hermana:
me respondió desatento,
que él á mi sola me amaba.
Yo enojada le respondo,
diciendole estas palabras:
Que quando hiciese un jardín
en medio de aquesta plaza,
con yervas, plantas, y flores,
de la noche á la mañana,
que entonces seria tuyas,
y pues he sido liviana
en poner precio á mi honor,
dame la muerte, á qué aguardas?
Y respondió Don Fadrique,
diciendo aquestas palabras:
el que merece la muerte
soy yo, pulida Constanza.
Quedó Don Carlos suspenso,
y todos los que allí estaban.
A cuyo tiempo el demonio,
ardiendo de fuego en llamas,
se apareció muy furioso,

y dixo con ira, y rabia,
y palabras muy sentidas:
Yo la cedula firmada,
y escritura de Fadrique
vengo á rasgar, pues lo manda
la que es del Divino Verbo
Madre, y del hombre Abogada,
por la santa devoción
con que le reza, y llevaba
siempre alicuello su Rosario;
y diciendo esto, la rasga.
Desapareció el demonio,
dió un estallido la casa,
se desvaneció al instante
aquel infeliz alcazar
del engañoso jardín,
dexando en aquella plaza
un hedór tan insufrible,
que á los que cerca habitaban,
les obligó á que dexasen
por muchos tiempos sus casas.
Alli delante de todos
pidió Fadrique á Constanza,
y á Don Carlos, que á Theodosia
rogasen, que se casara
con él; y aquel mismo día
los hizo casar Constanza.
Algunos años vivieron
con mucha paz en su Patria.
Portugál quedó asombrado,
Lisboa quedó admirada.
Y á Dios, porque yá mi pluma
pide perdon de sus faltas:
y del jardín engañoso
aqui la Historia se acaba.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta y Libreria de Andrés de
Sotos, calle de Bordadores, frente de San Ginés,
donde se hallará.